

CARTA A CARLOS SEMPRÚN Y JAVIER DOMINGO

«CONTRA LA IDEA DE HACER LA HISTORIA DEL ANARQUISMO»

En el número monográfico que dedicó *Ruedo Ibérico* en 1972 al
anarquismo..

Publicada en la Revista Historia Libertaria, nº 1, 1978

París, agosto de 1972

Queridos cofrades de servidumbre, desde que me habéis hablado del nuevo número de "Ruedo Ibérico" que os traéis entre manos, en el que os dije que en principio, o tal vez por principio, no pedía uno colaborar, no han quedado mis noches sin embargo libres de fantasmas insidiosos, que me desasosiegan sugiriéndome que acaso lo que uno debía hacer más bien era arriesgarse a explicar claramente dentro del mismo número cómo es que no puede uno colaborar en esa empresa. Y bien se me ocurre que, al enviaros esta nota, seguramente con el hacerlo así entro en contradicción con lo que al hacerlo digo, sobre todo en cuanto nuestro con ello una insuficiente desconfianza en que los medios de asimilación de la protesta contra el Orden al Orden mismo (como no puede menos de serlo este número de "Ruedo Ibérico", no tanto por ser de "Ruedo Ibérico" cuanto por ser un número de revista simplemente) puedan usarse para protestar eficazmente contra la asimilación de la protesta al Orden. Pero lo hago –ya veis–, a pesar de todo, demostrando con ello una vez más la contradicción constitutiva de mí mismo y la escisión, quién sabe si irremediable, entre la acción de las palabras y lo que las palabras dicen.

No puede pues colaborarse en nada que venga a contribuir a la historificación del anarquismo. Ciertamente que, antes que nada, debería tal vez tratar de corregir esta última palabra: pues el anarquismo ya de por sí está suficientemente historificado, está integrado en el esquema dinámico del Estado, no ciertamente por el acaso inasible, significado de la parte semántica de la palabra con su prefijo negativo *an-*, pero sí en todo caso por el hecho de que termina en *-ismo*; este sufijo, en efecto, configura por sí solo en forma de doctrina o por lo menos de actitud sistemática y de principio cualquier cosa que quede comprendida bajo su dominio, así esa cosa sea, como en este caso, una negación del Orden o así sea el nombre mismo de la nada, como en *nihilismo*, y desde el punto que se deja comprender bajo tal sufijo, no puede ya el anarquismo ser nada diferente de, por ejemplo, el surrealismo, el trosquismo, el nudismo y el estrabismo, por no hablar, para no escandalizaros demasiado, del fascismo y el academicismo.

El proceso de integración podría acaso representarse por medio del siguiente esquema: 1.^a fase: alguna gente del pueblo, de los oprimidos y contribuyentes en

general, en el trance de evolución del Ser, y por tanto de contradicción del Ser consigo mismo, descubren (o también: descubre un niño en el trance de su asimilación al Hombre) lo insoportable de la prisión del orden que los rodea y al mismo tiempo la mentira de los nombres (Justicia, Patria, Dios, Vida, etc.) que sostienen la prisión:



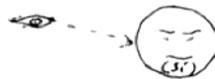
2.^a fase: de aquí surge (en la gente imperfectamente clasificada, en el muchacho imperfectamente asimilado como también en el Ángel respondón) la negación del sometimiento al Orden y negación de la verdad de su mentira constitutiva:



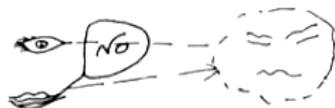
La 1.^a y la 2.^a fases pueden igualmente presentarse en orden invertido (aunque sea más duro de concebir para nosotros, lo cual probablemente es argumento a su favor), de modo que aparezca lo primero, y sin más explicaciones, la negación:



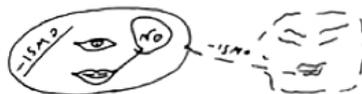
y de esta negación surja la visión del Orden y de la Mentira Real que, sosteniendo que las cosas son como son, hace que sean como son:



Pero, en todo caso, viene a continuación la 3.^a fase: la membrana límite del Ser, o sea su definición esencial, se resquebraja y se abre, al menos aparentemente (que esto nosotros no podremos nunca averiguarlo):



Sólo que al mismo tiempo, en ese momento de aparente peligro de rotura, la voz del Orden pronuncia la identificación y definición del ojo que lo veía y de la voz que lo negaba:



Y así se produce la 4.^a fase, en que el Orden reconstruye su membrana límite, incluyendo dentro de su estructura la visión y la negación:



Tras lo cual es sólo una cuestión de digestión y asimilación normal la que viene a dar la reconstitución del (aparentemente mismo) Estado originario:



Así es que, como os decía, el anarquismo por sí solo, dotado ya de ese sufijo *-ismo* constitutivo, se encuentra ya en la 4.^a fase del proceso, está integrado en la Historia, a la par que el anarquista, dotado ya del correspondiente sufijo personal, *-ista*, tiene adquirido un ser tan definido y propio como el del socialista, el equilibrista y el oficinista, y por tanto ni vuestro nuevo número de “Ruedo Ibérico” ni las historias de las colectividades de Aragón ni las películas sobre Durruti pueden hacerle ya mucho daño ni al anarquista ni al anarquismo, sino simplemente contribuir al redondeamiento de la última fase de la digestión.

Sin embargo, lo que pasa es que uno sospecha (no porque sepa nada, sino simplemente porque no se le ha demostrado lo contrario) que, a pesar de las denominaciones y demás procesos de asimilación, puede haber algo en algunos de los anarquistas o de las actitudes bautizadas de anarquismo, algo que no sea nada, por cierto, pero que lo *haya* sin embargo, que esté de algún modo fuera de y por ende contra Dios y el Ser y el Orden y el Estado; y entonces, eso sólo podría actuar frente al Estado, y entre las demás acciones, hablar sobre el Estado; pero ¿en nombre de qué santo vamos a permitirnos, al revés, hablar sobre ello nosotros, los que formamos parte del Estado, ya simplemente por el hecho de ser quienes somos cada uno de nosotros, y más todavía si editamos una revista debidamente autorizada por el Orden constituido?

A esto me diréis acaso que exagero y caigo en una especie de idealismo, en cuanto que, bajo el nombre de *anarquismo*, trate de defender de la historificación algo puramente negativo, algo que en realidad no lo ha sido nunca ni el más puro de los anarquismos ni de los anarquistas, que en realidad siempre se han presentado ellos mismos como algo relativamente definido, con algún nombre lucido incluso orgullosamente y hasta con algunos elementos mínimos de organización o –lo que en efecto sería igual a mi propósito– con el carácter de ideal personal constitutivo del carácter del individuo. Así es en realidad –tendréis razón–, si “en realidad” quiere decir en la Historia del Estado; pero es justamente lo que os decía: que no se trata de defender de la historificación lo que ya está historificado, sino lo que no sabemos si, pese a todo, acaso no lo está.

Y que no vaya a servirnos entonces de disculpa el hecho de que los propios que llamamos anarquistas hayan tenido y sostenido ideas acerca de lo que es el anarquismo (más todavía: ¿no recordáis la manía que solían tener nuestros viejos anarquistas de hablar de la Idea y todo, con mayúscula, como luz de sus aspiraciones y centro de su fuerza?), cuando justamente los que esas ideas tenían y sostenían eran y son personajes de la Historia y sociedades en la Sociedad; y que ellos, cediendo a la necesidad de la propia definición que acosa a todo quisque, creyeran o se imaginaran creer en ideas más o menos dogmáticas acerca de lo que el anarquismo sea, no implica tal vez necesariamente que, en contradicción con eso, no se diera también en ellos, aunque por fuera de ellos mismos, algo

realmente negativo del Orden y el Estado, que es lo que nosotros no podemos por menos de respetar, y no dejar que se confunda con sus ideas y figuras.

Lo único que quizá nos cabe hacer notar es esto: que hay una contradicción interna, insuperable, entre la acción de negar el Orden y el hecho de ser un negador del Orden, entre el rebelarse contra la Sociedad y el tener un ideal de la Sociedad, entre la negación de toda fe religiosa y la conservación de una creencia, entre el negar el juego de los partidos políticos y el ser un partido, aunque se llame anarquista o ácrata o libertario. El anarquista no sabe nada, si no lo que el Estado sabe, y que lo sabe justamente para denunciarlo como mentira; el anarquista no es él mismo, y en la locución "ser anarquista" hay una lucha a muerte entre los términos; el anarquismo, que no quiere que las cosas sean lo que son, no puede ser a su vez nada.

Y esto y cosas por ese estilo son las que en todo caso nos toca recordar a los que hablamos y escribimos, y recordarlas incluso a despecho de los propios anarquistas en activo y aun a costa de disgustar a las más venerables de las asociaciones libertarias de viejo o de nuevo culto. Si no servimos los hablantes y escritores para prestarle a la rebelión ese servicio en contra de sus representantes, ¿para qué vamos a servir entonces? ¿Para arengar a las masas, como se hace en los demás partidos, y para darles conciencia, como se dice, esto es, ideología, y para confirmar a las gentes menos letradas en sus errores propios, agrandados y racionalizados por nuestros hábitos de profesionales de la palabra? O si no, ¿para examinar los hechos objetivamente, como dicen los sujetos de la Prensa o la Política, y como fenómeno histórico interesante, y además de moda, damos prisa a conocer bien y clasificar en los esquemas de la Historia no sólo los cadáveres de la acracia, sino con ellos todo lo que acaso pudiera estar, desconocido del Señor, vivo y amenazando a este Estado que nos vive?

Claro está que aquí vais a decirme seguramente que, por cierto, con todo eso estáis vosotros más o menos de acuerdo, que lo que no se sabe estáis también dispuestos a respetarlo, pero que precisamente de lo que se trata con este número es de mostrar lo que se sabe, de modo que la contemplación de los errores y los fracasos pasados (pues lo que se sabe no pueden ser otra cosa sino errores y fracasos, ya que el Orden y el Estado sigue siendo el poderoso, con la vieja astucia de sus nuevas formas) pueda servir para liberar de ellos a las futuras actuaciones; que también para las nuevas generaciones de anarquistas la Historia sea la maestra que ella siempre ha pretendido ser; y en suma, que, si vosotros condenáis lo mismo que yo como integrada y asimilada la empresa de "Ruedo Ibérico" y de este número de su revista, pensáis en cambio que a través de tan condenable medio puede lanzarse algo que modestamente contribuya a la lucha contra la integración y la asimilación.

A esto, amables cofrades, qué voy a deciros sino que con ello estáis volviendo a plantear el eterno tema de los medios y los fines: pensáis acaso que un medio, esencialmente propio del Enemigo, como es una revista, puede servir como instrumento para la lucha contra el Enemigo; pensáis acaso que un invento esencial del Estado en nuestros tiempos, como es la Historia, puede de algún modo, y según quiénes y con qué intenciones la manejen, volverse en contra del Estado mismo: sois acaso como algunos que hoy descarriadamente se llaman anarquistas, en el Japón o los Estados Unidos sobre todo, que creen que las armas de los

arsenales del Orden, como ametralladoras, aviones y ficheros policíacos, pueden usarse en una guerra contra el Orden.

Bien que me gustaría borrar de vuestros corazones, si todavía las conservan, ilusiones semejantes; los fines, en efecto, están grabados en la estructura misma de los medios y herramientas que se fabrican para conseguirlos: desde el punto que el chimpancé logra por fin ensamblar dos cañas de bambú para alcanzar el plátano que el psicólogo animal le ha colgado demasiado alto, ya las dos cañas ensambladas contienen en su forma su destino y no pueden usarse para otra cosa; habría que aguardar a que apareciera un chimpancé jesuita o por lo menos miembro del P.C.F. para que alguien sostuviera que ese par de cañas ensambladas puede también usarse como pértiga para saltar la alambrada del laboratorio experimental en que nos tienen encerrados.

Pero no: ni las ametralladoras, ni las revistas ilustradas ni la Historia pueden servir más que para lo que sirven, esto es, para lo que han sido creadas y para Aquel que las ha creado, y los fines a que se dediquen no están desde luego en las intenciones y voluntades de los anárquicos usuarios que se hagan la ilusión de utilizarlos, sino en la estructura misma de las máquinas y los esquemas ideológicos que las constituyen, y las susodichas intenciones o voluntades no serían en todo caso sino medios en manos de esas máquinas y esquemas para cumplir el servicio del Señor al que se destinan.

O por llevar al plano más abstracto la contradicción: es la idea misma de la separación entre los medios y los fines la que ha sido inventada por el Estado y para su sustentación, y en modo alguno puede esa idea adoptarse para luchar en contra del Estado.

En fin, si queréis que me ponga todavía moderado y haga distinciones bien concretas, cabe aún sospechar que el puchero lleno de chatarra de los anarquistas decimonónicos o las hojitas clandestinas afanosamente impresas por cajistas de la cáscara amarga eran a lo mejor cosas no producidas por el Orden y por ende relativamente no marcadas, pero quién querrá ser tan ciego que no sepa para qué sirven, por su propia constitución, las balas y los libros y la conciencia histórica y las teorías teológicas de los medios y los fines: creado está para el servicio de Dios todo lo que Dios crea.

Y naturalmente, lo que se dice de las armas y las letras, de la Historia o la doctrina de los fines, no menos es de aplicar a un ente tan esencialmente histórico y tan siervo del Estado como soy yo mismo (y tómese el pronombre cada cual cuando lo lea según suene cuando él lo lea): que, en efecto, si la Historia por necesidad tiene que hacerse a base de nombres propios, ya debía bastar esa necesidad de la Historia para probarnos que no son los nombres propios ni los individuos por ellos constituidos (como tampoco los partidos o sindicatos definidos por sus títulos o siglas), que no son ni los ilustres anarquistas ni las venerables o las nuevas asociaciones anarquistas los que han llevado ni pueden llevar la contradicción y guerra contra el Estado, sino que ellos, como todo el mundo, lo único que pueden hacer es contribuir a hacer la Historia, a escribir la triste Historia de la Humanidad, y la contradicción y guerra contra el Estado, si de algún modo se da tal cosa –que eso nosotros nunca lo sabremos–, sólo puede darse en todo caso por medio de aquellos individuos y asociaciones, y no sólo por medio de ellos, sino también a pesar y en contra de ellos mismos.

Pero el corazón anárquico (esto es, lo que pueda haber, si es que lo hay – quién sabe– de anarquizante, acrático, rebelde o negativo) no aprende de la historia ni de la experiencia: se rehúsa testarudamente a la evidencia histórica y se mantiene, contra los vientos y mareas de los tiempos, negador de la Historia misma; no persigue un mundo mejor ni un ideal que deba cumplirse en el Tiempo ni siquiera en la consumación de los siglos: es la Historia sencillamente y el Tiempo mismo lo que niega y contra lo que se rebela, caiga quien caiga y aunque entre los que caigan esté también él mismo: porque él no sabe nada, sino que esto que es como es no puede ser que sea como es, y con eso le basta y no le hacen falta más saberes ni escrituras en el tiempo.

Y asimismo ese corazón de que metafóricamente os hablo, gentilísimos cofrades, no tiene tampoco fines ni sabe lo que es eso: no tiene más que medios, si es que los tiene (que de eso nunca podrá él estar seguro), y sus fines no son otros que sus medios. Su fin es ante todo el Orden enemigo que, él sí, está todo constituido de fines y de causas, de evolución hacia metas ideales, de culpas y de proyectos, y es así el Orden enemigo su solo orden y su guía. Pues en tanto que el objeto de su amor le es necesariamente desconocido, lo que él conoce es el objeto de su odio, y ése es todo el conocimiento que le basta. Y a los que le preguntan “y después ¿qué? ¿Y adónde vamos?”, él, por responder algo, les responde algo sin sentido, como el caballero del cuento aquel de Kafka: “Fuera de aquí. Esa es mi meta.”

Bien, y con todo eso, aquí os escribo esta carta sin embargo y acabaré seguramente por enviáosla para dejaros que la hagáis imprimir, si cabe, dentro del número que proyectabais, a pesar de que bien me consta que, al dejar en sus planas imprimirse esquemas como los que arriba os dibujaba, aun en aquellos puntos en que había ojos abiertos y bocas diciendo “NO” que quedaban sin encerrar en los límites del círculo del Orden, ello no es más que una ilusión: pues desde el momento en que sean impresos en la plana habrá otros ojos, los gentiles vuestros y los de los lectores, que a su vez los examinen y les digan “SI” o les digan “NO”, que lo mismo da, con eso sólo están ya, contra lo que ellos pretendían, encerrados en el círculo del Orden y su evolución. Pero, en fin, ello ¿qué prueba? Algo tan trivial y sabido como que yo tampoco soy ese corazón acrático de que metafóricamente os hablaba, sino bien por el contrario conservador y reaccionario por esencia, como no puede menos de serlo todo hijo de su madre que se llame Yo.

Con todo y con lo cual, y por si acaso este impulso no me viene sino a fuerza de no saber para qué sirven ni dejan de servir las cosas, aquí cierro la carta y os la mando, y aquí os aguardo para otro número en que os dé por hablar, no de la anarquía y de los negadores del Estado, sino del Estado propiamente (y no del español tan sólo, por ejemplo, sino a través de él de todos y del Estado todo en general), que será en todo caso de lo que hay que hablar, si es que hay que hablar de algo.

Y entre tanto, diligentísimos cofrades, mis mejores deseos para la suerte de vuestras empresas, y abrazos, y salud.

Agustín García Calvo